

CAPÍTULO II

“Nunca sabes que te espera al otro lado. Haz entrar un compañero primero.”
(Sharkan - Artes de ocultación y asedio)

Espiando desde la oscuridad, los pensamientos de una rata viajan más rápido que el rayo. Husmear, sacar la cabeza, hacer una pequeña carrera, pararse, husmear y, finalmente, mordisquear algún que otro hueso. Como parte de la vigésimo octava generación de roedores, esta mazmorra ha sido su hogar desde que nació. Y la verdad es que no se podía quejar. Desde hace unos años, de forma regular, hombres muertos y vivos eran lanzados al interior de su oscura, fría y amada prisión.

Aquí y allí miles de huesos forman pequeños montículos, y restos putrefactos de los más recientes regalan a los sentidos un hedor propio de un hogar al que llamar como tal. Ni ventanas, ni falsas paredes, ni luz. Tan sólo la poca claridad que se filtra a través de la reja ubicada en la parte superior, a unos 7 metros, usada como lanzadora de cuerpos.

Hoy, de nuevo, la reja se abre y otro cuerpo hace explotar huesos y cráneos en mil trozos con su caída. Otro vez a correr hacia a la madriguera...

- ¡Uf! ¡Por Dallin! ¡Qué daño!

La figura se retuerce sobre la montaña de cadáveres y cae por uno de los laterales. De rodillas, con las manos en los riñones, levanta el puño hacia el agujero, y grita:

- ¡Malditos! Cuando os pille, os destrozaré, os desmembraré, os machacaré, os...

Sin obtener respuesta, una pequeña llovizna de color dorado empieza a mojar su cabeza. Absolutamente fuera de sí, se incorpora sacudiendo la cabeza, y vuelve a berrear:

- ¡Bastardos! Más os vale que no salga de aquí nunca, porque os buscaré, os empalmaré, os destrozaré, os aniquilaré, os... os... ¡Aaaaaaaaaaaaaaargh!

La rata, que ha observado toda la escena desde su escondrijo, hacía tiempo que no veía nadie tan interesado en comprobar la resistencia de las paredes de la mazmorra con su cabeza. Además, se reconoce que el mozo tiene unos buenos músculos. Perfecto, más carne para roer.

Este personaje que maldice la familia de más de un guardia, es Gavrie. Si podemos encontrar tres calificativos para describirle, los podríamos encontrar en estos: impetuoso, noble e impetuoso.

Ya desde pequeño, Gavrie era el terror de su pueblo. Se trataba de un pueblo más bien humilde, donde los labradores que allí trabajaban todavía no habían accedido al nivel cultural que permitía usar la palabra “hiperactivo”. Con sólo 6 años, se dedicaba todo el día a correr de aquí a allá pisando pies y fustigando piernas con su inseparable juguete: una especie de espada de madera que era la amenaza de todas las rodillas del pueblo.

La madre de Gavrie ya hacía tiempo que había desistido de ponerlo en cintura. La última vez intentó ser más creativa, y explicó a su hijo la historia del malvado “hombre-víbora”. La historia venía a decir que si un niño no se portaba bien, el hombre-víbora se

colaba de noche en la casa y mataba a la madre del chico con un veneno más poderoso que el del escorpión.

Desde luego, esta historia era inventada, pero Gavrie, lejos de optar por tranquilizarse, decidió montar guardia cada noche hasta que saliera el sol. Tras 10 noches de amenazas y juramentos en la oscuridad, la madre de Gavrie optó por explicarle que el hombre-víbora se había enamorado de la mujer-calamar y que se habían marchado muy lejos para no volver.

Tras tres noches más, “por si las moscas”, Gavrie pudo dormir. Y su madre también. Esto demuestra la inconsciencia que le ha perseguido toda su vida, pero también la nobleza de defender a quien pueda estar en peligro.

Con la mayoría de edad alcanzada, y aburrido de la vida a su pueblo, Gavrie decidió hacerse caza-recompensas y salir a vender su espada a alguna causa noble. Sueños en los cuales se rescatan princesas, se matan dragones y se liberan niños encarcelados. Sueños dónde consigue vencer al tirano, ser proclamado héroe nacional y “obligado” a casarse con alguna bella princesa como parte de la recompensa.

Aunque claro, para ello tuvo que cambiar su querida espada de madera por algo más cortante. Aunque no hizo falta que ningún extraordinario herrero escondido en alguna secreta forja le hiciera una espada magnífica, ya que Gavrie la intercambió con un amable ladrón que pretendía robar en su granero. Dice la leyenda que aún defeca astillas aunque claro, sólo son habladerías.

Tras tres años errando de pueblo en pueblo, lo único que había conseguido era ayudar una vieja a encontrar su ropa interior que había caído a un río, zurrar una gallina que se negaba a poner huevos y descubrir el porqué nunca debes subir a un árbol a rescatar un gato. Las cicatrices de su cara lo podían explicar todo con lujo de detalles.

Desde luego, sí que había tenido ofertas más lucrativas, pero siempre implicaban el asesinato de alguien, normalmente sin probar que era malvado, pero sí que era asquerosamente rico.

Y ahora se encontraba aquí, en este agujero de mazmorra, maldiciendo su suerte y dando golpes contra las paredes. Y todo, como siempre, por culpa de su buena fe. ¿Cuándo aprendería?

La causa de todo fue la mujer que vendía fruta a la plaza. Ya había conseguido que le rebajara el precio de una pera cuando un par de guardias del cónsul, borrachos etílicos, empezaron a molestarla.

Gavrie intentó de todo: contar hasta cien, taparse los ojos, los oídos, cantar en voz alta... pero no pudo resistirlo. En tres segundos, un guardia besaba el suelo y el otro lo miraba fijamente mientras evaluaba los preciosos acabados de su espada.

Después de esta magnífica demostración de habilidad, y, como siempre, de insensatez, diez guardias más cayeron sobre él provocándole la inconsciencia.

- ¿Has terminado de quejarte?

Parece ser que no era el único ocupante de la mazmorra. Mientras la frase todavía permanecía en el aire, Gavrie rueda sobre sí mismo y busca protección tras un montón de esqueletos.

Con el cuerpo pegado al suelo, levanta la cabeza para intentar averiguar de dónde proviene el sonido. Al fondo de la mazmorra, como el ojo de un lobo, resplandece una luz metálica.

- ¿Quién eres? – Pregunta por encima de la montaña de calaveras –

El eco de su voz resuena dentro la mazmorra. Dos, tres, cuatro segundos y no hay respuesta. Al levantar la cabeza de nuevo, con cuidado, aquel resplandor ya no existe. De pronto, una pequeña brisa le eriza los pelos de la nuca....

- ¿Me buscabas?

Ahora la voz se ubicaba exactamente a unos 2 centímetros de su oreja. Mientras el cerebro de Gavrie intentaba calcular rápidamente la fórmula del espacio y la velocidad (sin demasiado éxito), sus piernas ya habían saltado hacia adelante. Rodando sobre sí mismo e incorporándose ágilmente, Gavrie grita:

- ¿A qué demonios estás jugando? ¿Qué quieres?

Muy lentamente, la figura del ojo resplandeciente se acerca hacia Gavrie. La poca luz que se filtra a través de la reja del techo va descubriendo al desconocido.

Se trata de un hombre extremadamente delgado. Una especie de falda de cuero le cubre unas piernas esbeltas pero muy musculosas. Los pies se mueven con ligereza, y están cubiertos con un calzado de pies “de gato”, muy útiles cuando quieres moverte silenciosamente.

Una fina coraza de cuero, de color negro, con motivos rúnicos, encaja perfectamente en su tronco.

Remata el conjunto una corta y fina capa de color indefinido, asegurada al lado derecho de su pecho con un precioso encaje de color rojo sangre.

- No te acerques o te aplasto la cabeza con este...

En plena oscuridad, Gavrie tantea un montón de huesos y levanta el brazo, en gesto amenazante.

- ... esta... mandíbula?

- ¿Quieres dejar de hacer el estúpido? – replica la voz, mientras se acerca –

Al fin, la voz se encuentra debajo la luz. Se trata de un hombre atractivo, de cabello largo, negro y ligeramente rizado. Las facciones son muy delgadas y marcadas, y su piel es dorada, maltratada por el sol.

Pero, sin duda, lo que lo hace del todo escalofriante es el origen del resplandor que había llamado la atención de Gavrie. Su ojo derecho, por llamarlo de alguna forma, no está.

En su lugar hay una preciosa joya de color verde encajada en un círculo dorado. Al mirarlo fijamente, las aguas que hace lo vuelven por unos momentos del todo traslúcido, y casi permite apreciar algo de humanidad detrás.

- No quiero hacerte daño. – empieza a decir el extraño -. Por dos razones: primera, si estás aquí, quiere decir que tu relación con los guardias del cónsul es cuando menos tanto afectuosa como la mía, lo que, automáticamente, hace que tengas mi simpatía.

Y, en segundo lugar, yo soy rápido, pero tus brazos como jamones y sobre todo la “mortífera” arma que tienes en la mano me hacen dudar de un posible enfrentamiento.

Avergonzado, pero todavía desconfiado, Gavrie mira la dentadura y la lanza por encima el hombro.

- Me llamo Gavrie. Me hace daño la espalda y no estoy para tonterías. ¿Cuál es tu nombre y qué haces aquí?

- Me llamo Morven, aunque muchos me conocen como “La zarigüeya”. – contesta, apoyándose en la pared –

Los ojos de Gavrie se iluminan en la oscuridad de la mazmorra:

- ¡Por Dallin! ¿Tú eres “la zarigüeya”? ¡Pero si decían que habías muerto en el desierto de Fariyah!

- Pues, ya ves, aquí estoy...

- No me lo puedo creer, ¡eres todo una leyenda! ¡Un mito! Un... ¡un momento! – la expresión de Gavrie se vuelve desconfiada – ¿No eres tú quien entró en el convento de Sortal y provocó el pánico sexual entre más de doscientas monjas, la madre superiora y... ¡ah, sí! dos ovejas?

Al ver la tensión en el cuerpo de Gavrie, Morven opta por la más profunda sinceridad:

- No deberías hacer caso de todo lo que dicen. Calumnias de alguna lengua viperina.

- Bien, déjalo estar. ¿Por qué estás aquí? – pregunta Gavrie -.

- Digamos que el cónsul le ha cogido mucho aprecio a uno de sus objetos más famosos. Yo estaba aquí para evitar que cayera en malas manos. – afirma Morven, mientras levanta las manos con las palmas hacia arriba en señal de inocencia -.

- Ya. – contesta Gavrie, irónicamente -. ¿Cualquier mano que no sea la tuya, verdad?

Con un ruido estridente, la reja del techo se abre, dejando que un enorme rayo de luz ilumine el aposento. Después de unos segundos, aparece una escalera de cuerda, que llega en toda su longitud hasta el suelo. Una voz, desagradable y chillona, les increpa desde arriba:

- ¡Vosotros dos! ¡Escoria! ¡Subid ahora mismo si no queréis que os baje a buscar! ¡El cónsul quiere hablar con vosotros!

Morven gira la cabeza y sonríe a Gavrie. Su gesto se tuerce por un momento por ofrecer una sonrisa completamente blanca, de no ser por un diente de oro puro que brilla en aquella media luz.

-  No tenemos otra opci3n, verdad? – pregunta Morven -
- Creo que no. – responde Gavrie –
- Recuerda, Gavrie. – la ceja derecha de Morven, deformada por el ojo enjovado, se eleva ligeramente – Ser s mi pareja de baile all  arriba.

Morven sube a la escalera y empieza a trepar ágilmente.

-  A qué demonios te refieres? – grita Gavrie –  Morven!

Maldiciendo en voz baja, Gavrie sigue el camino de su nuevo amigo.

- Además, yo no s  bailar.